



PUERTO AMELIA

2^a
edición

 Círculo Rojo
Editores

Primera edición: febrero 2021
Segunda edición: septiembre 2021

Depósito legal: AL 272-2021

ISBN: 978-84-1398-017-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

- © Del texto: AME
- © Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
- © Fotografía de cubierta: Proporcionada por el autor

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

A todos los que intentan mejorar su vida cada día.

PRÓLOGO

Asistimos a un viaje de avión en el que dos mujeres comparten fila de asientos y compartirán mucho más: la vida de nuestra protagonista, de la que te van a hacer partícipe a ti, lector. Descubrirás con ellas una guerra, una revolución y grandes amores.

Una novela, en forma de diálogo, que es además una crónica al estilo de los libros de viaje, que te llevará por todos los entresijos de la revolución cubana y de la guerra en Mozambique y cómo se vive desde el voluntariado de asistencia a los más desfavorecidos.

En esta historia te vas a encontrar con la realidad de lo que pasó y todas las vicisitudes que vivieron durante todos esos años. Son muchos los sentimientos que se trabajan en la novela: la amistad, la solidaridad, el miedo, la venganza, el amor, la decepción, la resignación, la pérdida, el dolor...

En este libro vivirás dos grandes historias de amor, amor que no se diluye a pesar de la distancia o de las circunstancias personales de cada uno. La protagonista vivirá dos grandes amores, pero ninguno de ellos es capaz de anular al otro. Será el destino el que decida por ella.

Ame nos cuenta todo esto con una prosa fresca pero muy cuidada. Ha hecho además una gran labor de documentación, lo que hace que consiga un contexto histórico muy exacto.

Es, además, una obra entretenida, de las que enganchan, que te mantiene en tensión hasta el último punto. La autora sabe

cómo trabajar las tramas, y hace que la historia se entremezcle con la ficción para el deleite del lector.

En definitiva, tienes entre manos una gran novela que espero te guste tanto como me ha gustado a mí.

CAPÍTULO I:

EL PADRE

El padre de Vida nació en un pueblecito de Castilla, en la provincia de Zamora, último de nueve hermanos, todos varones, excepto la primera que fue chica, nunca tuvieron demasiada relación entre ellos, eran como extraños todos bajo el mismo techo, con ese carácter suyo tan castellano que les hacía poco comunicativos y distantes.

Los mayores, antes de irse de casa para buscar trabajo, se iban ocupando de los que nacían sin demasiados apegos, por obligación, más como una carga. Aunque las que llevaban el peso de la casa, como era natural entonces, eran la madre y la hermana mayor. Los chicos, en cuanto podían, buscaban trabajo fuera, querían huir, porque en aquella época en Castilla el campo era lo único a lo que podían aspirar, era la costumbre.

Cuando estalló la guerra por entonces, solo quedaban por la casa familiar la hermana mayor y los tres pequeños. Julián, que así se llamaba el padre, tenía cuatro años en el 36. Al abuelo paterno de Vida, Miguel, lo mandaron al puente de Irún a vigilar la frontera, le tocó en el bando nacional y vigilaba que ningún republicano llegase a Francia. Pasó meses en la frontera y poco a poco fue conociendo a gente de la zona. A veces, cuando tenía permiso y no le daba tiempo a ir a casa, se iba a Hondarribia.

Uno de los pocos placeres que tenía era jugar al dominó, y así fue como, en una taberna, conoció a Samuel. Samuel era republi-

cano. Los dos hombres se hicieron amigos. En ocasiones, Samuel se acercaba a la garita a llevarle alguna comida que hubiese preparado su mujer y echaban la partida, que amenizaba las largas horas de vigilancia del Miguel.

No hablaban de política, pero Miguel sabía que a Samuel no le iban demasiado bien las cosas. Según iban pasando los meses, la situación se volvió más complicada, le acusaron de ayudar a escapar a republicanos por la frontera, le interrogaron y pegaron varias veces, estaba en el punto de mira y ya no podían seguir viéndose.

Una tarde, habría pasado ya más de medio año desde que los dos amigos no se veían, Samuel fue con su mujer al puente, en ese momento Miguel estaba solo en la garita. Le extrañó, sabía que si Samuel salía se la jugaba, no sabía cómo habían conseguido llegar hasta allí. La pareja le miró y se dirigieron directos al puente sin acercarse a la garita, pero sin apartar la vista de él.

La mujer comenzó a correr y Samuel se volvió a mirar de nuevo a Miguel, le miró directamente a los ojos y echó a correr también dirección Hendaya detrás de su mujer. Miguel cogió su fusil y disparó, pero no veía bien a causa de las lágrimas.

Días después supo que Samuel había logrado pasar al otro lado y estaba sano y salvo junto con su esposa. Se enteraba al mismo tiempo que llegaba la orden para fusilarlo a él, acusado por sus compañeros de confraternizar con un rojo y de haber dejado escapar a un enemigo de la patria.

Así que Julián, a los cinco años, se quedó sin padre, corría el mes de octubre. La madre, sola y desesperada, viéndose sin futuro en el pueblo, malvendió las tierras y la casa y se fue a la capital, a Valladolid, con los más pequeños y la hermana mayor y se puso a trabajar en la tienda de ultramarinos de unos parientes. Y allí pasó sus mejores años entre latas de conserva y miserias. Era aquella una España de posguerra que ofrecía muy poco. La madre, que estaba de muy buen ver, nunca se volvió casar, no estaba bien visto en aquella época.

«Se ha olvidado de sonreír», pensaba Julián, que veía cómo pasaban los años y su madre seguía igual.

Ella nunca se olvidó de Miguel. Cada día su rutina era la misma, vestida de negro se sentaba en la tienda y se levantaba taciturna cuando entraba algún cliente. Y aunque tuvo algún pretendiente, ella nunca estuvo interesada en ellos y el niño recelaba instintivamente de todos. Julián la observaba cada vez más perdida y sumida en su rutina absurda.

La atmósfera de la casa que compartieron con los tíos durante aquellos años fue una atmósfera cargada, amarga, sin luz, grisácea. Ellos no eran demasiado amables, todo el tiempo les hacían ver el gran favor que les habían hecho acogiendo a los parientes pueblerinos y en realidad era verdad, pero era humillante, mucho para cargar sobre los hombros, siempre agradeciendo y con la cabeza gacha.

En aquella época se pasaba hambre, en la tienda había que fiar, las gentes venían con las cartillas de racionamiento y se llevaban lo mínimo que les dejaban y el resto lo pagaban como y cuando podían, si es que lo pagaban. Era un ambiente de penuria, de ratas, de piojos, de frío, de sabañones, hasta el campo se quedó yermo, seco, no había alegría, solo drama, incomunicación, falta de intimidad y hasta de amor.

El tiempo pasaba, el niño se convertía en adolescente. Y cuando cumplió los diecisiete años llegó un día a casa y anunció a todos que se iba a Galicia a trabajar, que iba a vivir con su hermano, el segundo, que se había casado hacía un par de años y trabajaba en Orense, en uno de los muchos pantanos que por entonces estaba mandando construir Franco. Habían estado hablando y le harían un hueco en su casa, o le buscarían una pensión, y allí acabaría los estudios al tiempo que trabajaba. Quería escapar de aquella vida gris y vio su oportunidad.

Quería salir, quería viajar, quería volar. Se asfixiaba en el frío invierno castellano. No se trataba solo de escapar, tenía sueños,

sueños que no pasaban por quedarse en aquel agujero, con aquellos parientes rancios y distantes a los que no podía soportar. No iba a agachar más la cabeza.

Se dio cuenta de que él no era el salvador de su madre y que quien marcaba su destino era ella misma y él tenía que recorrer su propio camino.

En Galicia vio el mar por primera vez, nunca había contemplado nada parecido, allí también vio nacer a su primer sobrino y entendió que él también quería formar una familia. Decidió darle una oportunidad a aquel lugar, a aquella nueva vida. Era una oportunidad para empezar. Allí hizo amigos, con los que pasaba los fines de semana. Entre semana trabajaba e iba a clases, era muy bueno en lengua y literatura, pero de poco le servía en la construcción. Le gustaba leer poesía y a los clásicos. Su hermano, bastante hosco, le tomaba por afeminado porque siempre lo veía con libros de poemas en la mano. No congeniaban, entre eso y las peleas que prácticamente cada noche tenía que presenciar entre la pareja, acabó yéndose a vivir a una pensión.

En la pensión conoció a otros escritores, poetas algunos, muchos maestros venidos de otras provincias, había de todo y de todas partes. En la cena se reunían y charlaban de todo con un pitillo en la boca y allí es donde conoció a Matías y donde oyó por primera vez hablar de Cuba, de la que Julián no sabía nada.

Matías trabajaba en el campo con su familia y como ya estaba hartado y quería largarse de allí se fue a la capital a buscar fortuna. Cada noche le contaba a Julián todo lo que sabía de la isla, que en realidad no era mucho, pero a Julián, con dieciocho años, le bastaba saber que había todo un mundo al otro lado del océano por descubrir. Matías hablaba maravillas y Julián sabía que allí había muchos gallegos que cruzaban el charco hacia México y Cuba. Venía siendo así desde 1821, iban directos de Vigo a La Habana. Había tantos que se había construido hasta un teatro para ellos en la capital isleña y a Julián el gusanillo de Cuba le entró por el

cuerpo y ya nunca más se lo pudo sacar. Estaba maravillado de todo lo que contaba su nuevo amigo.

Galicia le gustaba, pero aquel tampoco era su sitio, el clima se le hacía cuesta arriba y escuchando lo que contaba Matías de las mujeres cubanas se diría que aquello era el paraíso y España el infierno en cuanto a sexo se refería.

Aquel tampoco era su sitio, tenía que seguir buscando y estaba casi seguro de que había dado con su próximo destino. Así que trabajó y trabajó y ahorró como un bestia para poder comprarse un pasaje a la libertad.

Tres años después de haber llegado a Galicia, Julián, que ya tenía veinte, anunció que se iba, esta vez a Cuba. Se quedaron todos boquiabiertos, alarmados, extrañados, envidiosos y hasta enfadados. El único al que se lo había contado antes era a Matías, que pensaba reunirse con él más tarde, pero nunca llegó. Un día en el campo, en la casa de su padre, la coza de una mula en la cara se lo llevó, lo dejó sin sentido y sin sesera y con la vida rota para siempre. De aquello Julián, que lo estuvo esperando largo tiempo, se enteró años después.

Julián sentía que era la oportunidad que había estado esperando para volar hacia la vida que imaginaba cada noche desde su cama. Se armó de valor y fue a despedirse uno a uno de su familia, con el peso sobre los hombros de las reticencias de todos sus hermanos y del que sabe que ya no va a volver.

Besó a su madre, que ni siquiera hablaba, asustada por lo que su hijo iba a hacer, algo que ella nunca se atrevió ni siquiera a soñar. Los dos sabían que era la última vez que se veían y algo se paralizó en el corazón de la madre, perdió un latido, perdía a su pequeño. «Quizás allá tan lejos sea más feliz. Yo no supe hacerlo bien con él», pensó y le dedicó, eso sí, una última sonrisa, algo que Julián hacía años que no veía en su cara.

Partió y estuvo cerca de un mes en un barco, aquello fue duro, se le hizo largo porque nunca había estado tanto tiempo sin pi-

sar tierra. Se sentía extraño, pero cuando fondeaban en el puerto de La Habana y vio el castillo de San Salvador y el malecón, se le fueron todos los miedos y sinsabores del viaje, como si se los hubiesen arrancado de cuajo. En ese momento se le olvidaron los tres años que había pasado en Galicia o su adolescencia en Castilla. Se había pasado toda su vida esperando algo y no sabía el qué, buscando un destino distinto, una aventura, y en la hamaca de la cubierta había soñado cómo sería Cuba y la primera visión no le había defraudado.

En el barco conoció a otros compatriotas que buscaban el mismo destino que él, se hicieron amigos. Empezaba la aventura allí entre risas y miedos.

Llegó en el mes de octubre del año 51, dos días después de su cumpleaños. Todas las cosas importantes en la vida de esta familia pasaban siempre en los meses de octubre, buenas y malas.

Allí, Julián comenzó a trabajar con otros españoles. Se fue directo al centro gallego de La Habana y contactó con muchos que le ayudaron a buscar un trabajo y una casa. Como se le daba tan bien escribir y leer, encontró trabajo de maestro. Los gallegos que llevaban tiempo en la isla siempre ayudaban a establecerse a los recién llegados, había entre ellos una especie de camaradería por ser todos del mismo país, por haber vivido las mismas penurias y la valentía de haberse marchado a empezar una vida mejor, cuando lo más fácil hubiese sido quedarse, lo más fácil y lo más difícil también.

Julián quería ser médico, pensó que cuando consiguiese ahorrar un poco podría empezar sus estudios.

Le asignaron una escuelita y una haciendita a las afueras de La Habana, en el campo, a la que bautizó con el nombre de su madre, “La Aurora”, homenajeando a la mujer que probablemente no volvería a ver.

La hacienda estaba en unas condiciones terribles cuando se la ofrecieron como vivienda, pero él tenía mucha experiencia de

sus años en Galicia y la fue reconstruyendo poco a poco y como pudo, porque no era fácil encontrar materiales, ni tampoco pagarlos con el sueldo de maestro.

Julián entraba en su nueva vida por la puerta grande. Llevaba ya unos meses allí, comenzó a ver la Cuba de Batista, la Cuba desenfundada de los casinos, de los hoteles, de las fiestas, de los bailes y de las mujeres.

Nunca había visto mujeres así en Castilla, ni en Galicia, por todas partes veía en las noches habaneras medias de nailon, medias transparentes, medias con costura, medias con brillantes, medias parisinas, medias que se contoneaban por la calle, siempre se contoneaban y se colaban en las fiestas. Vestidos cortos, vestidos largos, de fiesta, vestidos con escotes vertiginosos en forma de “V”, baile y más baile por las noches, más contoneo, jodedera por todas partes como decían allí. No podía creérselo, ¿dónde había estado metido él toda la vida? Aquello era el paraíso para un provinciano recién llegado de la madre patria, tal y como le había contado Matías.

Por el día sentía en su cara los vientos de La Habana, esa ciudad rezumaba y rezuma sexo, salitre y sudor a cualquier hora, excepto a mediodía cuando aprieta el calor y ni los cuerpos más ardientes pueden moverse. A esa hora la isla se paraba, pero el resto del tiempo en cualquier momento y lugar alguien estaba haciendo el amor.

Él sentía, a los pocos meses de llegar, que había pertenecido a aquel lugar toda la vida, por fin había encontrado su sitio. «No somos de donde nacemos, sino donde encontramos la felicidad», oyó decir siempre Vida a su padre en casa.

El sudor se le pegaba a la ropa todo el día, tardó tiempo en acostumbrarse. Echaba de menos cosas, a algunos conocidos, a su sobrino pequeño, a su madre, pero la familia no es la que te toca al nacer, sino la que haces al crecer, pensó, y empezó a hacer allí nuevas amistades y poco a poco fue dejando aquella morriña.